

ORDENES MILITARES ESPAÑOLAS.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Distintivo militar de las mugeres de Tortosa.



ALGUNOS historiadores han creído que la pequeña sobrevesta militar, que las mugeres de Tortosa han llevado desde el siglo XII hasta principios del siglo XV, era divisa de un orden militar propia y peculiar del bello sexo. Como en el escapulario ó sobrevesta referida traían de carmesí ó grana una hacha de armas, los

testimonio de estos seguiremos la respetable opinion del erudito y laborioso P. Fr. Jaime de Villanueva, que en el tomo V de su viaje literario á las iglesias de España se ocupa detenidamente de este asunto. Dice que no la tiene por tal órden, porque ni se dió carta de fundacion, ni estatutos, ni cosa semejante, sino que era solo como una divisa para conservar la memoria de un hecho, que no deja de ser glorioso para el sexo y para la ciudad de Tortosa.

Este suceso, digno de eterna memoria, lo refiere así: «Conquistada que fué de los moros esta ciudad por el Conde D. Ramon Berenguer IV, y ausentándose este Príncipe á las conquistas de Lérida y Praga, volvieron á

sitiarla los moros y la pusieron en tal apuro, que resolvieron sus vecinos entregarla, haciendo lo que los de Numancia y Sagunto, que era quemar sus alhajas, matar las mugeres é hijos y morir ellos peleando. Sabedoras de esto las mugeres, persuadieron á sus maridos á que saliesen á dar contra los moros, que ellas entre tanto defenderian los muros con todo género de armas y aturdirian al enemigo con su estrépito. Salió felizmente el proyecto y ahuyentaron al enemigo que de otra manera era imposible arredrar.»

Martorell, en su historia de Tortosa, dice: «Que sabedor el Conde del valor y ardid de estas matronas, quiso honrarlas con algunos privilegios y distinciones, entre las cuales ordenó para conservacion y memoria de tan grandiosa hazaña que todas las mugeres trajesen sobre su ropa una hacha de armas de carmesí ó de grana y aquella se pusiesen sobre una vestidura hecha como un escapulario de fraile lego de la Cartuja; á la cual ropa dieron el nombre de pasatiempo que parecia representar una sobrevesta militar.»

Todos los historiadores de las órdenes militares han tomado del mencionado escritor las pocas noticias que dan de la que ellos llaman orden militar del Hacha. El P. Villanueva, añade, que la mayor parte de lo que refiere Martorell en su libro, lo tomó de los Diálogos inéditos que compuso en catalan á mitad del siglo XVI D. Cristóbal Despuig, cuyo original se conservaba en el archivo que tenia en Falset D. Francisco Moncada, Conde de Aytón, á quien dedicó su obra. En este manuscrito se aducen algunos testimonios mas de que no hace mencion Martorell. Asegura en sus Diálogos Despuig, que el maestro Baltasar Sorio que murió en Tortosa en 1557, de edad de mas de cien años, le aseguró que cuando vino joven á esta ciudad habia visto alguno de estos escapularios del Hacha en casa del arcediano mayor Estéban Garret, aun-

que ya entonces no se usaban, y que le contó Francisca Despuig que en sus primeros años todavía estaban en uso. De esto conjetura con sobrado fundamento el ilustrado autor del viaje literario, que duró esta costumbre hasta principios del siglo XV.

Estas noticias, unidas á otros datos, prueban la verdad de la existencia de esta divisa otorgada á las mugeres de Tortosa en premio de su valor. Hecho puesto en duda por algunos historiadores, por no ver, sin duda, documento alguno auténtico de esta concesion ó privilegio.

En el antiguo cementerio de Tortosa, que ya servia en el siglo XII, se vé estaba en uso esta insignia, pues se esculpia en los sepulcros. El hacha de armas que se vé en muchos de ellos no representa las armas de una familia, sino una divisa perteneciente al orden público, que no puede aludir á otra cosa que á lo que decimos del hacha.

Otro hecho que cita el mismo escritor en apoyo de su dicho, es la antigua piedra que se conserva en el cláustro de la catedral de Tortosa en el ángulo inmediato á la capilla de Santa Candía y en el sitio en que se celebraban en el siglo XIII las juntas del consejo general de la ciudad. Esta piedra contiene tres escudos, el primero que representa un castillo, que son las antiguas armas de la ciudad; el segundo la imágen de nuestra Señora, que eran entonces las armas que insculpian en sus sellos el cabildo de la catedral y que hasta muchísimos años despues no adoptó Tortosa como suyas; y el tercero una hacha de armas, lo que prueba que era una divisa perteneciente al orden público.

Tomamos estas noticias de la escelente obra del Padre Villanueva, adonde remitimos á nuestros lectores que quieran mas datos acerca de la divisa del Hacha, recuerdo heroico del denodado esfuerzo de las mugeres de Tortosa.

ESTUDIOS HIJIEÑICOS.

ARTICULO III.

Superioridad de los modernos comparados con los antiguos respecto á la higiene pública: habitaciones de los Griegos y de los Romanos: casas de Pompeya.

Hemos empezado ya á echar una rápida ojeada sobre los numerosos objetos que abraza la higiene, y sin embargo no hemos llegado todavía á tratar del que constituye el objeto principal de esta ciencia: en esta reseña caminamos del simple al compuesto, atendiendo á que la inteligencia poco ejercitada de la mayor parte de las personas, suele comprender mejor el conjunto que los pormenores. Cuando hubiéremos presentado todo lo que resulta de la higiene pública, se podrán conocer mas bien cuáles son las condiciones de la higiene privada.

Desde luego nos hemos ocupado de la higiene de las ciudades, y en este punto quedamos al concluir nuestro anterior artículo, pero teniendo mas bien por objeto en esta especie de introduccion el determinar los hechos que no estudiarlos en sus aplicaciones tan diversas como importantes, bien puede decirse que apenas hemos tocado la cuestion.

Una gran consecuencia resulta sin embargo de lo que hemos dicho, y es que las ventajas en este particular pertenecen exclusivamente á nuestra época, y que los errores

è inconvenientes predominaban en el antiguo sistema. Lejos de nuestro ánimo el acusar á nuestros predecesores de absoluta ignorancia en materia de higiene pública: no hay duda que conocían algunos de sus principios y que tampoco ignoraban el arte de aplicarlos; pero no tenían para esto ni reglas, ni medidas. Careciendo de los conocimientos que hoy poseemos acerca de la física y de la química, solo se guiaban por el instinto ó por su experiencia. No es pues de extrañar que tantas y tan graves faltas cometiesen en la distribución de sus cuarteles y en la economía de sus habitaciones, porque tenían que obedecer á la imperiosa ley de las circunstancias.

La historia sin embargo nos ha trasmitido fielmente muchos ejemplos que prueban que nuestros antepasados sabían suplir en cierto modo la insuficiencia de la instrucción con la seguridad del instinto y la exactitud de raciocinio. En tiempos en que la medicina griega aparecía radiante, una ciudad del Oriente era víctima de una epidemia que diezaba á sus habitantes. Esta enfermedad se reproducía con la mayor regularidad todos los años y producía periódicamente los mismos desastres. Habíase llamado á una infinidad de médicos, que no habían podido detener el curso de tan terrible azote. Uno de los profesores mas venerados en la ciencia de curar, fué llamado tambien. La enfermedad presentaba la particularidad de circunscribirse al recinto de los muros de la población: las ciudades inmediatas no habían recibido el menor ataque á pesar de esta vecindad tan peligrosa. Esta circunstancia característica, que hubiera debido llamar desde un principio la atención de los facultativos, imprimió esta vez á la sagacidad del nuevo médico una dirección que debía llevarle tarde ó temprano al descubrimiento de la verdad. Supuso con razón que una causa desconocida ejercía su funesto influjo sobre los habitantes, pero que esta causa debía ser de origen reciente, puesto que la aparición de la enfermedad solo se notaba hacía muy pocos años. Lleno de confianza en su propia opinión, se dedicó con el mayor cuidado á la investigación de una causa que podía y hasta debía consistir en un hecho perteneciente al orden material, y al efecto visitó escrupulosamente toda la ciudad, informándose de las diversas modificaciones que su plan había experimentado. Mas viendo que de este trabajo no sacaba el fruto que se había propuesto, abandonó semejante medio de exploración, empezando á emplear otro distinto: despues de haber estudiado la ciudad, pasó á estudiar el campo.

Los muros de la ciudad se elevaban bastante en medio de un valle circular, dominado ó mas bien guarecido en toda su circunferencia por una barrera de montañas. En cierto punto de este recinto se abría una garganta que daba comunicación al valle con la llanura opuesta. Examinó el médico este desfiladero que estaba cortado diagonalmente por una elevada pared de construcción reciente, y despues de tomar algunas noticias, llegó á convencerse de que á esta pared tan insignificante en la apariencia, debía atribuirse el desarrollo de la epidemia. Por de contado era incontestable que esta pared se había construido algun tiempo antes de la aparición de la enfermedad, siendo tambien notorio entre todos los habitantes,

tanto de la ciudad como del campo, que aquella garganta servía para dar paso á un viento bastante fuerte que agitaba la atmósfera con la mayor regularidad durante algunas semanas; pero que desde la construcción de la pared, el viento había cesado enteramente.

El médico, en vista de tales circunstancias no pudo dejar de suponer y con razón, que el mencionado viento era el que renovaba periódicamente el aire de la ciudad y de sus cercanías, y que á falta de su influencia la insalubridad tenía que sustituir forzosamente á las buenas condiciones hijiénicas.

En consecuencia de esta suposición, se destruyó el obstáculo que se oponía al paso de este viento saludable, y los resultados no tardaron en demostrar que el médico no se había equivocado acerca de la naturaleza de la enfermedad: esta fué decayendo poco á poco, terminó al fin y no volvió á aparecer jamás.

Este ejemplo, tomado á la ventura entre otros muchos que pudiéramos citar, demuestra que los antiguos no carecían de sagacidad y de un gran talento de apreciación en materias de higiene pública. Pero la ciencia faltaba; aunque había reglas, eran inciertas; en cuanto á las leyes, se puede decir que absolutamente no existían.

Esta opinión es por otra parte la que profesan todos los hombres especiales, tratando de las ciudades y de la falta de plan que caracterizaba su organización económica, es tambien muy fácil de probarse entrando á examinar sus habitaciones particulares.

Muy confusa é incierta era por lo general la idea que se tenía de las habitaciones antiguas, hasta una época de descubrimientos bastante modernos. Verdad es que algunos escritores de la época griega y romana nos han dejado curiosos pormenores acerca de la parte interior, que nos sirven de base para conocer la distribución general de los edificios de aquellos tiempos. Pero á pesar de estos detalles en los cuales se detienen aquellos escritores con mas ó menos complacencia, hay mucha distancia todavía para llegar hasta el objeto mismo.

Grande sería nuestra incertidumbre acerca de la economía de las habitaciones de los antiguos á no haberse conservado intacta hasta nuestra época una de sus ciudades, sepultada bajo las cenizas del Vesubio durante la irrupción de que Plinio el joven fué á la vez historiador y víctima. Por esta singular desgracia la gran Pompeya pudo librarse de la destrucción que infaliblemente la hubiera hecho desaparecer y nos ha conservado una preciosa muestra del mundo de que formaba parte.

Con respecto á las habitaciones privadas de la Grecia nada ha quedado que pueda consultarse. Solo algunos restos de edificios públicos han sobrevivido á la destrucción de aquellas poblaciones. Mas como las costumbres de Roma se habían modelado, por decirlo así á imitación de las del Oriente, no debían existir grandes diferencias en la distribución de las casas de entrambos países; Pompeya por consiguiente puede servirnos de modelo para apreciar debidamente las costumbres que tan estrecha relación tienen con la vida doméstica del hombre y de la familia.

Las casas de Pompeya presentan desde luego un es-

trecho corredor que sale á un patio; este patio tiene en su centro una especie de estanque mas ó menos grande, y está rodeado de una galería cubierta bajo la cual se abren las puertas de las habitaciones. Cuando la casa era elegante y pertenecía á un hombre rico, solía tener un segundo, y á veces un tercer patio, colocados unos á continuación de otros. El mas inmediato á la entrada estaba habitado por los esclavos y los criados; el siguiente por el dueño de la casa, y el último por las mujeres, que vivían en la parte mas lejana y menos accesible.

A primera vista esta distribución no presenta nada que sea contrario á las reglas de la higiene; el cielo se halla descubierto en la parte superior de cada patio; el depósito de agua que ocupa su centro sirve para refrescar la atmósfera. Por el espacio que ocupa la casa, puesto que se extiende en su superficie, en vez de elevarse en altura, no es de temer el hacinamiento y hay aire libre y lugar para todo el mundo, ventajas tan difíciles de reunir en las casas de nuestra época.

¿Y diremos por esto que los antiguos han comprendido mejor que nosotros esta parte tan importante de la ciencia que nos ocupa? No por cierto, y en gran manera nos equivocáramos si adoptásemos semejante opinión. No hay duda que los edificios se extendían sobre una superficie considerable sin presentar en varios pisos este hacinamiento tan exagerado de que adolecen en nuestra época los grandes centros de población. Pero sin embargo, al lado de estas ventajas las construcciones antiguas tienen también su lado defectuoso, y eso es lo que vamos á examinar aquí.

Un patio cerrado por todos sus costados, aun cuando por la parte superior se halle abierto no favorece la circulación del aire libre; y al contrario esta misma disposición es uno de los obstáculos que pueden presentarse. El movimiento es la condición esencial de la purificación y de la pureza del fluido atmosférico: sin él este fluido tan importante para la salud del hombre va adquiriendo rápidamente malas propiedades y concluye por elaborar

en ciertos casos los gérmenes de las mas peligrosas enfermedades. ¿Y no es esto lo que debía suceder en las casas que habitaban los griegos y los romanos? Figúrenos en efecto un patio cuyas habitaciones ó salas construidas en los costados no recibían luz mas que por la puerta de la entrada. Este especie de claustro no tenía ventana alguna para comunicarse por la parte exterior, de suerte que el aire de las habitaciones estaba condenado á sufrir una inmovilidad mayor todavía que la de los mismos patios. Si hemos de juzgar en vista de la distribución de las casas de Pompeya, los antiguos gustaban de las habitaciones pequeñas: las salas triclinarias ó sean las habitaciones que les servían de comedor eran de dimensiones muy limitadas aun en las casas mas suntuosas.

Esta costumbre, agregaba una condición mas á la detención é insalubridad del aire. El estanque del centro llamado el *impluvium*, refrescaba la atmósfera en los calurosos días del estío. Pero esta ventaja era solo para la gente rica, porque los pobres carecían de ella. Los primeros podrían traer por un sistema de canalización subterránea aguas vivas al *impluvium* de sus casas, conservándolas siempre libres de las emanaciones insalubres de las aguas detenidas; pero los segundos, que no disfrutaban de los privilegios que dá la fortuna, solo tenían el beneficio de las aguas llovedizas para surtir el estanque de sus casas, lo cual en vez de refrescar el aire servía para que se desarrollasen con mas fuerza sus propiedades deletéreas.

¿Y qué hacían de las materias insalubres que provienen de los servicios de la economía doméstica y de las necesidades de la existencia? Los antiguos, y con especialidad los romanos, estaban muy familiarizados con el arte de las obras subterráneas. Canales de sólida construcción salían desde el cimiento de las casas hasta otros canales mas considerables que iban á desembocar en el mar si este bañaba las murallas de la población, ó en el río mas inmediato. La *cloaca máxima*, el grande albañal de Roma, de que se encuentran todavía algunos vestigios, puede ser considerado como un modelo en este género.

LEYENDA.

ORIGEN DE LOS TALISMANES EN LA CHINA.

En un libro chino intitulado *Chang-youen-king*, y que está tenido como sagrado en aquel país, se lee lo siguiente:

«En otro tiempo el Emperador Hiao-wenti (que reinó desde el año 163 hasta el 156 antes de J. C.) preguntó en estos términos al cronista de su palacio:

—Hace siglos que existe una casa que se llama la *habitación de los tres hombres simples*. ¿Qué es lo que se entiende por esto?

—Atended, contestó, á los signos por los cuales podreis reconocer la habitación de los tres hombres simples: una

que es alta por delante y baja por detrás es la casa del primer hombre simple; la otra á cuya parte septentrional corre un riachuelo, es la casa del segundo hombre simple; la que es alta por la parte del sud-este y nivelada por la del noroeste, es la casa del tercer hombre simple.

Cierta día salió de incógnito el Emperador, y habiendo llegado á los límites del distrito de Hon-Kong, vió una casa y entró en ella bruscamente. Esta casa era rica y espaciosa, y cobijábanse bajo su techo unos cincuenta habitantes. El Emperador salió de ella lleno de admiración.

Al día siguiente mandó llamar á dos agoreros versados en la ciencia del In y del Yang, es decir, de los dos principios que presiden todas las operaciones de la naturaleza. Disfrazóse con un traje ordinario y volvió al mismo lugar, á fin de indagar la causa que habia producido su admiracion.

A su llegada, el dueño de la casa salió á recibirle y le dió las mayores muestras de respeto. Habiéndole preguntado el Emperador su nombre de familia, le contestó: Mi nombre de familia es Lieou, y mi apellido Tsin-Ping.

—¿Cuántos años hace que habitais esta casa?

—Cerca de treinta años.

—Pero esta es justamente la habitacion de los tres hombres simples. Este pais es peligroso é inhabitable. ¿Cómo haceis para vivir aqui en paz y libre de enfermedades? ¿Gustais de desvanecer mis dudas?

—En un principio, repuso Lieou, cuando yo vivia en este lugar, las personas de mi casa perecian de una muer-

te prematura, mis riquezas se disminuian, mis animales domésticos eran víctimas de crueles enfermedades, mi pobreza y mis calamidades se aumentaban diariamente. Una noche vinieron dos estudiantes pidiéndome una cama para dormir: yo les manifesté el triste estado en que me encontraba, por cuya razon apenas pude darles mas que un pequeño plato de arroz. Los dos jóvenes me manifestaron su agradecimiento, y hablándome en el tono que inspira la franqueza, me dijeron:—¿Cómo podeis habitar en esta casa, siendo este un lugar tan peligroso?—Mis recursos son harto limitados, les contesté, para que pueda trasladarme á otra parte.

—Nosotros tenemos, replicaron, un medio de remediar vuestros males, sin que tengais necesidad de mudar de habitacion.

Al oir esto no pude menos de saludarles muchas veces, suplicándoles que me lo enseñasen al instante.

Entonces me presentaron setenta y dos talismanes,



diciéndome: «Dentro de diez años os encontrareis en la opulencia y colmado de honores; dentro de veinte años contareis un sinnúmero de hijos y nietos; dentro de treinta años, un Emperador, vestido lo mismo que otro cualquier hombre del pueblo, entrará en vuestra casa.»

—Las dos primeras predicciones estan ya cumplidas; pero el Emperador, vestido como un hombre del pueblo, no ha honrado todavía mi casa con su visita.

—¿Y en dónde estan esos dos jóvenes? le preguntó el Emperador sonriéndose.

—Despues de haberme dado sus talismanes, respondió Lieou, se marcharon despidiéndose de mí. Pero apenas habrian andado cincuenta pasos, cuando desaparecieron de repente dejando tan solo una ráfaga de luz blanquecina que se elevó hasta el cielo.

—¿Teneis á bien, dijo el Emperador, enseñarme esos talismanes?

Lieou los sacó alegremente de una caja y se los enseñó.

El Emperador, cuya visita secreta habia sido profeti-

zada por los dos jóvenes, mandó entonces á los agoreros que le acompañaban copiar con la mayor exactitud estos modelos.

De vuelta á su palacio se ocupó en vulgarizarlos por todo su imperio.

Desde la dinastía de Han (163 años antes de J. C.) todo el que copia estos talismanes y los cuelga en su casa, se preserva de toda especie de males y consigue todo género de prosperidades.»

La leyenda china, cuya traduccion acabamos de presentar, se encuentra á la cabeza de una estensa hoja impresa con tinta encarnada, que guarda con particular esmero un antiguo diplomático español, á quien debemos la bondad de habérnosla franqueado con el objeto de sacar una copia fiel de los cinco personajes mitológicos que en ella figuran. La parte inferior de la misma hoja presenta los setenta y dos talismanes distribuidos en doce columnas, y de los cuales hemos reproducido algunos de los mas curiosos.

Cada talisman tiene una inscripcion en chino indicando la propiedad particular que se le atribuye; y como las inscripciones de estos amuletos comprenden casi todos los males y todos los bienes que un hombre puede temer ó desear, los que tienen fé en su virtud no tienen mas que comprar estas hojas y colgarlas en su casa. A veces se copian aquellos talismanes de que cree tener necesidad; y ya se les pega á la puerta de una casa para alejar ciertos génios maléficos, ya se les lleva consigo para preservarse de ciertas enfermedades, librándose de un peligro, de los ataques de los ladrones ó de los riesgos propios del comercio.

Los signos y cifras estrañas de que se componen estos setenta y dos talismanes, no hacen ningun sentido en chino, aun cuando en ellos se perciba algunos caracteres correctos, como las palabras *campo, tierra, sol, luna*, y solo tienen un valor de convencion entre los charlatanes y los agoreros del Imperio celeste.

La parte superior de cada talisman, formada por líneas rectas y por círculos, representa las estrellas de las constelaciones, á las cuales se atribuye una influencia particular que debe asegurar su eficacia.

1. (De izquierda á derecha.) El génio de la segunda estrella de la Grande Osa.—2. El génio del buen tiempo.—3. Fo-Ki.—4. El génio de la lluvia.—5. El génio de la séptima estrella de la Grande Osa.

1. Talisman para librarse de ladrones y calumniadores.—2. Talisman para preservarse de los castigos corporales y de la prision.—3. Talisman para librarse de la discordia doméstica y de los estragos de los animales que devoran los gusanos de seda.—4. Para conseguir una plaza de magistrado ú otro destino de mayor consideracion.—5. Para ser afortunado en los negocios mercantiles ó en los proyectos que se haya concebido.

HISTORIA NATURAL.

UN REBAÑO DE ORANGUTANES (1).

Un colono del Cabo de Buena Esperanza vivia pacíficamente en una hacienda del término de Vauder Greek, con su muger, joven y hermosa escocesa, y un niño de once meses. Una noche invadió su huerto una tribu de orangutanes, penetrando hasta las inmediaciones de la casa: auxiliado de sus criados atacó á los monos y los ahuyentó, matándoles uno de sus hijuelos. Al dia siguiente uno de los orangutanes, que se habia quedado oculto en el huerto, se aprovechó de la ocasion de quedar solo el niño del colono Mithell, y apoderándose de él lo tomó en brazos y marchó precipitadamente: acudieron al socorro del infante, é iban ya dándole alcance al robador; pero este se tiró á un rio, lo pasó á nado, y se metió por un bosque, llevando siempre al niño en los brazos. Tres meses despues de esta ocurrencia desapareció la muger de Mr. Mithell, sin saberse de su paradero, como habia sucedido con el hijo. Secreyó que habian robado esta señora para uno de los gefes del pais que pocos meses antes habia pretendido comprarla: y en su consecuencia dispuso la autoridad que pasase Mr. Quensie con tres compañías del regimiento núm. 72, á tomar venganza de este insulto; pero se detuvo la partida de las tropas de resultas de haber avisado un cafe haber visto una banda de orangutanes con una muger, á la que habian pasado del otro lado del Queis: añadió este hombre que como la pobre señora no hacia resistencia ni daba gritos, debía suponerse que estaba muerta.

(1) Especie de monos, los mas semejantes al hombre en la figura y ademanos.

Dos años se pasaron sin que Mr. Mithell pudiese adquirir noticias algunas de su esposa ni de su hijo; mas á principios de 1825 se divulgó en la colonia el rumor de que habiendo ido dos mugeres á cojer fruta hacia las montañas de Nourowelt, situadas en lo interior de aquellas tierras, vieron un orangutan que llevaba en su compañía un niño blanco. Con esta noticia fué despachado un destacamento de tropa, dándole orden de dirigirse hacia el paraje indicado por las mugeres, y llevando en su compañía á Mr. Mithell. Despues de una semana de marcha llegó el destacamento á su destino; y los hombres que lo componian supieron de los naturales que se habia establecido en su territorio una colonia de orangutanes, y que segun las apariencias no tardarian en poseer todo el pais, porque el grande espíritu les habia enviado, de los paises situados de la otra parte del sol, una reina que les enseñaba á hacer las mismas cosas que los hombres. El destacamento se reforzó con una numerosa escolta de estos naturales, y pasó al paraje donde estaban los monos, consiguiendo cercar todo el rebaño. Los individuos de este acudieron á la voz de su gefe á tomar las armas: los varones, que eran los mas robustos, se reunieron en círculo muy estrecho, como si fuese la formacion de un cuadro, y en el centro colocaron las hembras, los hijuelos y su reina: todos ellos tenian un aspecto triste y macilento. Mr. Mithell, que iba comandando las fuerzas militares y los paisanos, mandó se detuviesen, y subiendo á lo alto de un peñon que dominaba el campamento, descubrió que efectivamente estaba su muger entre los orangutanes; la llamó por su nombre

y ella le respondió. Entonces arrojaron los orangutanes al suelo sus palos y se apartaron para que pudiese acercarse Mr. Mitchell á su muger: esta se adelantó llevando de una mano al niño Guillermo, y de la otra una niña como de edad de dos años: ambos niños estaban muy sanos y contentos; pero al acercarse Mr. Mitchell, huyeron á refugiarse entre los orangutanes. Madama Mitchell dijo á su marido que antes de separarse de sus amigos los orangutanes, queria darles gracias por las atenciones que la habian dispensado: en su consecuencia, despues de repartir entre ellos las provisiones de frutas, yerbas y raices que constituian su almacen de víveres, les hizo comprender por medio de una especie de discurso compuesto de mil especies de gestos y contorsiones, que con mucho sentimiento se veia obligada á separarse de ellos. Entonces comenzaron á dar grandes lamentos aquellos animales, casi todos se fueron acercando á madama Mitchell, y tomándole las manos casi como á los niños, las ponian sobre su cabeza. En fin, partió la señora felizmente con sus hijos á su casa de campo de Vauder Greck. Por espacio de tres días siguió la marcha del destacamento una tropa de orangutanes de los mas fuertes y robustos, viniendo diariamente algunos de ellos á buscar á madama Mitchell para cerciorarse de que no la hacian daño.

Luego que la señora se restituyó á su casa, dió cuenta circunstanciada de su cautiverio, resultando en sustancia lo siguiente: estos animales se hallan al parecer divididos por rebaños, gobernados por un gefe superior y por otros inferiores. Los que fueron á robar las frutas del huerto de Mr. Mitchell, habian traído consigo el único heredero del trono, pues acostumbraban llevar en su compañía y por delante los miembros de su familia real, por temor de que sean sorprendidos si los dejan á la espalda. Este vástago real de los orangutanes fué el

que mató Mr. Mitchell en el huerto, ignorando la reina que habia sido muerto su hijo, y creyéndolo solamente extraviado, rogó á su esposo fuese á buscarlo, pero siendo infructuosas las indagaciones, tomó el partido de robar al niño de Mitchell y reemplazar con él su querido hijo. Lo condujo en los brazos con mucho cuidado, y se lo entregó á la reina para que lo cuidase, y en efecto lo estuvo, dando de mamar tres meses. Pasado este tiempo determinaron los orangutanes traerse la madre para que cuidase del niño, y esta resolucion la ejecutaron con mucha destreza: una partida de los mas fuertes penetró en la casa, y afianzando á la señora Mitchell la ataron, le pusieron en la boca una especie de pelota para impedir que gritase, y se la llevaron en brazos.

Si ha de creerse á Mr. Mitchell, es imposible á no ser testigo de ello, formar una idea de la destreza, vigor, agilidad y movimientos de estos animales. Los que la robaron tuvieron con ella los mayores miramientos, tocando estos en delicadeza: le dieron de comer y beber frutas y agua abundantemente durante su viaje. Estuvo muy alligida durante la travesía, hasta llegar al campo de los orangutanes y hallarse al lado de su hijo, que saltaba y hacia cabriolas como los hijuelos de aquellos. Fué considerada como una reina y obedecida en todo, menos en cuanto á salir del rebaño. Nada le negaban de cuanto pedía, escepto su libertad. A los seis meses parió una niña que fué la que se halló en su compañía. Madama Mitchell no se cansa de elogiar la docilidad y buen natural de estos animales, la ternura que muestran á sus hembras y á sus hijuelos, y su cuidado en procurarles subsistencias. Está intimamente persuadida de que suspiran y rien como los hombres: se se alimentan de frutas, raices y vegetales, pero no comen carne de ningún animal. Si tuviesen el don de la palabra, dice madama Mitchell, parecerian verdaderas criaturas humanas.

REVISTA DE LA SEMANA.

Tanto son los objetos que han llamado la atención desde nuestra última revista, que no sabemos por cuál empezar. Así para evitar todo compromiso y salir del paso, seguiremos el orden de fechas, que es el mas libre y desembarazado.

El día 18 del actual se celebró en las habitaciones de S. M. el baile de trajes que anticipadamente se habia anunciado. Estuvo brillantísimo, y en él se observó rigurosamente la etiqueta propia del siglo pasado. Entre los magníficos y ricos trajes que se presentaron, se hicieron notables los de la condesa de Toreno, marquesa de Santa Cruz y señoritas de Camarasa. Entre los hombres se distinguían el duque de Castroterreño, vestido de abate francés; el duque de Rianzares, de guardia de corps de Carlos III; el duque de Medinaceli, de coronel del regimiento que creó y mandó su abuelo. El Serenísimo Sr. Infante vestía de antiguo guardia de corps, y Don J. de Carrizosa, gentil hombre de S. A., iba perfectamente vestido de oficial superior del tiempo de Luis XVI.

El 21 se verificó en la iglesia de Monserrat la ceremo-

nia de recibirse caballero, en la órden de Montesa, el diputado Sr. Marcó, profesando en la misma los señores Aguilera y marqués de Cruilles. Todos los caballeros vestían el hábito de los del Temple, campeando en sus pechos la cruz roja, emblema de gloriosas acciones y esclarecidas victorias que han dado esplendor y renombre á tan ilustre cuerpo.

En los salones de la embajada inglesa se celebró el mismo día un brillante y lucido baile, digno ciertamente de los grandes preparativos que le precedieron y de la escogida y elegante sociedad que asistió á él. Todo estaba puesto con el mayor gusto, y la amabilidad de Monsieur Bulwer, daba mayor realce á los adornos y al buen servicio de los salones destinados á esta reunion diplomática.

Al día siguiente 22 tuvo lugar en el real Palacio otro baile de trajes, al cual concurrieron casi las mismas personas que al anterior. S. M. la Reina Madre vestía traje de etiqueta; S. M. la Reina Doña Isabel II, de jardinera, y lo mismo S. A. la Infanta. Entre los nuevos trajes llamaba la atención el del duque de S. Carlos, vestido de

Carlos I de Inglaterra; el hijo del marqués de Malpica llevaba un bonito y completo traje de tiempo de Fernando VI.



(Máscaras.)

En estos días se prohibió la representación de dos dramas, uno del Sr. Bermejo, por ambas autoridades civiles y eclesiásticas, y otro de D. Tomás Rodríguez Rubí, por la civil solamente. Esta última producción se titula *La Corte de Carlos II*, y estaba destinada para el beneficio de la entendida actriz Doña Matilde Díez.

Sentimos mucho que la cuchilla de la censura haya cortado esta preciosa flor, que al abrir sus hojas á la faz del día, hubiera encantado á los admiradores del Sr. Rubí, con la suavidad de sus perfumes y con el bello colorido que resalta en todo su conjunto.

En el teatro del Instituto se representaron con gran aceptación dos comedias nuevas. *El Derecho de Primogenitura*, traducida por los Sres. D. Juan y D. Andres de Cápua; y *Mentir con noble intención*, acomodada á nuestro teatro por los Sres. D. Anjel María del Campo y D. Miguel Gillote.

En esta temporada de carnaval han estado sumamente concurridos de gente los salones de Villahermosa, Cervantes, Instituto, Genio y demas locales de bailes públicos de máscaras; si bien lo mas lucido de la sociedad madrileña se ha refugiado á las reuniones particulares. En las calles públicas no se han visto mas que fantasmas y espectros, figuras vestidas sin gusto, ni decencia siquiera. Se conoce que las clases trabajadoras, que serían probablemente las que hayan buscado este género, como de entrada mas barata, no deben hallarse muy sobradas de recursos pecuniarios.

En los bailes públicos ha habido bastante aparato, excelente música, y la mayor armonía y fraternidad. Pero la concurrencia era en todos ellos mas numerosa que escogida. En las reuniones particulares ha sido al con-

trario. La condesa de Montijo y la condesa de Revillajigedo, dieron tambien bailes de trajes, á imitación de S. M., y ambos estuvieron brillantes y muy concurridos.

En el teatro del Circo se representó el *Otello*, que no agradó al público: tal vez haya producido este mal éxito el poco tiempo que llevaban de ensayos, ó la dificultad que ofrecen siempre las partituras de Rosini, obras de la mayor conciencia.

Tampoco ha tenido buen éxito la ópera del Sr. Genovés. *Luisa la Valiere*, cantada en la Cruz durante algunas noches. A pesar de los esfuerzos de la Sra. Rafaeli y del tenor Miraglia para hacer lucir la música de esta composición, no ha alcanzado *Luisa la Valiere* el triunfo que era de esperar, atendidas las buenas dotes de su autor. Tal vez no es esta música del género que suele agradar en nuestros teatros, y el Sr. Genovés habrá pecado solo en la elección.

La afición á la literatura se va estendiendo progresivamente en nuestro país, y no hay materia vedada hoy al ingenio español, ni terreno que no invada, por escabroso y difícil que sea. Entre las obras originales que estan anunciadas para ver pronto la luz pública en esta corte, merece especial mención la *Historia Pintoresca del Reinado de Doña Isabel II* y de la guerra civil, encomendada á personas entendidas, entre las cuales figuran algunos literatos de los mas notables; y *La favorita de Felipe V de España*, novela cuyo interés debe ser grande, supuesto que en esa época célebre figuraban al lado de aquel poderoso Monarca, el Cardenal Alberoni, la Princesa de los Ursinos, el Marqués de Santa Cruz y otros muchos personajes de no escasa importancia.



(Máscaras.)

Recomendamos eficazmente á nuestros lectores la adquisición de estas dos obras, cuyo mérito no debe ceder en nada al asunto sobre que versan, ni á la consideración de que gozan como hombres de letras, las personas encargadas de su redacción.